

CAPÍTULO IV.

« Los escoceses son pobres », clama en tono áspero el inglés hinchado de orgullo. El cargo es merecido, y aquéllos no se defienden contra él. ¿ No están, pues, rigurosamente en su derecho trasladándose aquí con intención de reparar las injusticias de la suerte?

CÁRLOS CHURCHILL.

EXISTÍA, en el tiempo de que hablo, una antigua usanza que, según creo, ha pasado de moda ó se practica sólo por gente vulgar.

Verificándose, como se verificaban, á caballo los viajes largos, y, en consecuencia, á pequeñas jornadas, se seguía la costumbre de hacer alto el domingo en alguna localidad para asistir al templo y dar descanso á las caballerías: costumbre no menos provechosa á estos útiles animales que á sus dueños.

A semejante práctica acompañaba, en cierto modo, otra que recordaba la antigua hospitalidad inglesa. El dueño de una buena hostería, sacudiendo, durante el séptimo día, su carácter comercial, invitaba á sus huéspedes transitorios á participar, en familia, de su carne de buey y de su puding (1): invita-

(1) Manjar compuesto de pasas, miga de pan, tuétano de vaca, etc.

ción bien acogida, comunmente, por todos aquellos que no creían que un acto de complacencia iba á rebajarles. La botella de vino que se pedía, después de comer, para brindar á la salud del anfitrión, era la única indemnización que á éste se ofrecía y estaba él dispuesto á aceptar.

A fuer de ciudadano del mundo, asistía yo gustoso á las escenas todas en que pudiera arraigar mi conocimiento de la especie humana, aparte de que ningún derecho tenía á retraerme, bajo pretexto de mi rango distinguido. No dejé, pues, de aceptar, cada domingo, la hospitalidad consabida, lo mismo en *La Liga* que en *El Oso* ó en *El León de Oro*.

El honrado posadero, engraido por el sentimiento de su accidental importancia, y orgulloso de presidir, sentado á la mesa, á las personas á quienes tenía la costumbre de servir, constituía ya, en sí mismo, un espectáculo divertido. Al rededor del astro principal gravitaban planetas de más modesta luz: los espíritus listos y las notabilidades de campanario; el farmacéutico, el procurador y hasta el vicario, no desdenándose de tomar parte en el festín semanal. Los convidados, gente del país perteneciente á diversas clases, presentaban, con su lenguaje, sus modales y sus opiniones, contrastes chocantes y á propósito para interesar al observador ganoso de estudiar al hombre en algunas de sus variedades.

Uno de aquellos días y en circunstancias como las indicadas, mi medroso compañero y yo nos disponíamos á sentarnos á la mesa del posadero de *El Oso negro*, (villa de Darlington, diócesis de Durham,) cuando nuestro anfitrión, hombre de rubicundo semblante, notificónos, en tono de excusa, que un hidalgo escocés comería con nosotros.

— ¡Hidalgo! ¿De qué especie?— apresuróse á preguntar mi compañero, á cuyo pensamiento acudían probablemente los «hidalgos de camino», conforme se apellidaba á los ladrones.

— Toma! De especie escocesa: ya os lo he dicho;— contestó el mesonero. —Allá bajo son todos nobles, como sabéis, aunque no gasten camisa. Ese, empero, es un mozo de buen porte. Nunca escocés más listo pasó el puente de Berwick... Tratante en ganado, á lo que creo.

— Procuradnos á toda costa su compañía;— dijo mi compañero; y volviéndose hácia mí, comunicóme sus reflexiones. —Respeto á los escoceses, caballero, estimo y honro á esa nación por su moralidad. Se les acusa de pobres y desaseados, pero son honrados, aunque vistan harapos, como dice el poeta. Personas dignas de crédito hanme asegurado que en Escocia no son conocidos los salteadores de camino.

— Consiste en que no hay cosa que saltar, — observó el mesonero riendo á carcajada suelta y satisfecho de sí mismo.

— No, posadero, no;— respondió, detrás de él, una voz recia y bien timbrada, — consiste únicamente en que los vistas de aduanas é inspectores ingleses, que habéis colocado más allá del Tweed, han cargado con el oficio á costas de los que lo ejercían.

— Bien dicho, señor Campbell;— replicó el mesonero. — No os creía tan cerca de nosotros; pero sabéis que soy del condado de York en que los perros tienen la lengua expedita. ¿Qué tal van los mercados por el Mediodía?

— Como siempre: los cuerdos venden y compran, y los locos son comprados y vendidos.

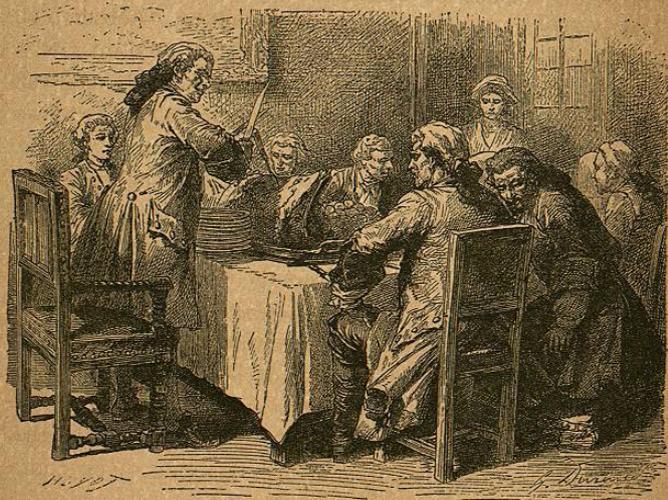
— Ya; pero á cuerdos y locos no les falta comida y... aquí está para empezar la nuestra, un cuarto trasero de buey como jamás hambriento alguno hirió con el tenedor.

Y, así diciendo, preparó su gran cuchillo, adjudicóse el sitio de honor, á la parte más extrema de la mesa, y cargó los platos á la redonda con sendas tajadas procedentes de su cocina.

Era la vez primera en que oía yo hablar á un escocés, ó mejor dicho, que me hallaba frente á frente de un individuo perteneciente á la antigua raza escocesa, la cual, desde mi infancia, había cautivado mi imaginación.

Pertenecía mi padre á una antigua familia del Northumberland, y la casa solariega de nuestros mayores se elevaba á algunas leguas del paraje en que comía yo á la sazón. El resentimiento que separaba á mi padre de sus parientes era tan vivo, que rara vez se le ocurría hablar de su origen, teniendo por

la más despreciable de las vanidades la que se ostenta con el calificativo de «orgullo de familia.» La única distinción que ambicionaba era la de que se le llamara William Osbaldistone, el primer comerciante, ó á lo menos uno de los primeros comerciantes de Londres. Aunque se le probara que descendía, en



línea recta, de Guillermo el Conquistador, su amor propio se hubiera sentido menos lisonjeado que oyendo los murmullos y cuchichéos que producía su llegada entre los toros (alzistas), los osos, (bajistas) y los corredores de Bolsa. Ansiaba sinceramente que permaneciese yo ignorante de mi linaje y de mi parentela, á fin de que no hubiera entre nosotros divergencia alguna acerca del particular.

No obstante, sus proyectos, (como acaece á menudo á los mejor combinados,) viéronse contrariados, hasta cierto punto, por un sér á quien su orgullo no hubiera creído capaz de oponerse en manera alguna. Su nodriza, anciana mujer del Northumberland, era la única persona de su país natal por

quien se interesaba, y cuando la fortuna principió á sonreírle, el primer empleo que dió á sus favores fué el de conceder á Mabel Rickets un sitio en su hogar. Muerta mi madre, á ella confié la tarea de cuidarme en mis primeras enfermedades y de dispensarme aquellas delicadas atenciones que la infancia exige de la ternura de una mujer. Como su amo le había prohibido hablar, en presencia suya, de los matorrales, montes y valles de su querida tierra, ella se desquitaba conmigo haciendo descripciones sin fin de los espectáculos de su juventud y recordando largas narraciones de los sucesos que la tradición había enlazado á ellos. Tales lecciones, poco graves si bien pintorescas, encontraban en mí un oyente infatigable.

¡Pobre anciana! Paréceme verla todavía, la cabeza algo oscilante, por efecto de la edad, cubierta con una cofia ajustada y tan blanca como la nieve; arrugado el rostro, pero respirando un aire de salud que debía á la costumbre de los trabajos rústicos. Paréceme verla mirando vagamente, desde la ventana, la estrecha calle y las paredes de ladrillo de enfrente, mientras terminaba, con un suspiro, su balada favorita, que prefería yo entonces, y prefiero aún, á *fé mia*, á los cantábiles de ópera inventados por el caprichoso genio de un *maestro* italiano.

*¿ Quién nos podrá devolver
La encina, el fresno y la yedra
De más hermosa verdor
En el norte de Inglaterra?*

Mabel no hablaba de la nación escocesa sinó con toda la animosidad de que era capaz. Los habitantes del otro lado de la frontera desempeñaban, en sus historias, el papel que los ogros y gigantes con botas de á siete leguas hacen, por regla general, en los cuentos de nodrizas. ¿Podía ser de otro modo? ¿No fué acaso Duglás el Negro quien dió muerte, con propia mano, al heredero de la familia Osbaldistone el día siguiente al en que entrara en posesión del dominio de sus padres, sorprendiendo, á él y á sus vasallos, en mitad de la fiesta que

daba con tal motivo? ¿No fué, acaso, Gualtero el Diablo quien, en tiempos poco lejanos de mi bisabuelo, robó todos nuestros corderillos en las montañas de Fare? ¿Y no teníamos, acaso, como pruebas de la venganza librada contra sus maldades, numerosos trofeos que, según versión auténtica de la vieja aldeana, habían sido conquistados con mayor honra? Sir Enrique Osbaldistone, quinto barón de su nombre, ¿no fué el raptor de la linda, señorita de Fairnington, como Aquiles lo fué de Chryseida y de Briseida? ¿No la retuvo, acaso, en su castillo, á pesar de las fuerzas unidas de los jefes escoceses más poderosos y de más alto renombre? Y nuestras espadas ¿no habían acaso brillado en primer término en las batallas en que el Sajón triunfó tantas veces de sus rivales? En las guerras del Norte adquirió nuestra familia la plenitud de su gloria, reponiéndose de todas las contrariedades.

Inflamado por semejantes relatos, acostumbréme á mirar la nación escocesa como raza hostil por naturaleza á los habitantes meridionales del reino, y los discursos que pronunciaba mi padre afirmáronme más y más en mis prevenciones.

Había él emprendido un vasto negocio en maderas de roble con los propietarios montañeses, y decía que los hallaba siempre más dispuestos á cerrar el trato y á exigir el arreglo, que exactos en cumplir las cláusulas que les obligaban. Recelaba, asimismo, en contra de los negociantes escoceses, á quienes se veía obligado á emplear como intermediarios, que pretendían adjudicarse, en una ú otra forma, parte de beneficio más considerable que la que en realidad les correspondía. De modo que si Mabel tenía por que quejarse de los guerreros escoceses de los tiempos pasados, su amo no se desencadenaba menos contra los ardides de los modernos Sinones.

Y hé aquí cómo ambos, sin premeditarlo, inspiraron á mi tierna inteligencia una aversión sincera contra los habitantes del Norte de la Gran Bretaña, á quienes me representaba como sanguinarios en la guerra, pérfidos en la paz, interesados, egoistas, avaros, tunantes en los menores asuntos; casi desnudos de buenas cualidades, á no calificarse de tales una feroci-

dad parecida al valor en los combates, y una habilidosa astucia que sustituía á la prudencia en las ordinarias relaciones. Para justificar ó excusar, al menos, á los que alimentaban semejantes preocupaciones, debo decir que en aquella época los escoceses incurrian en idéntica injusticia contra los ingleses, á quienes despreciaban, por acuerdo unánime, como pueblo de ricachos orgullosos y de insolentes sibaritas. Tales eran los gérmenes del rencor nacional, que subsistía en uno y otro país: consecuencia natural de su existencia como reinos largo tiempo separados y rivales.

Con desfavorable impresión, pues, miré al primer escocés que hallé en mi camino.

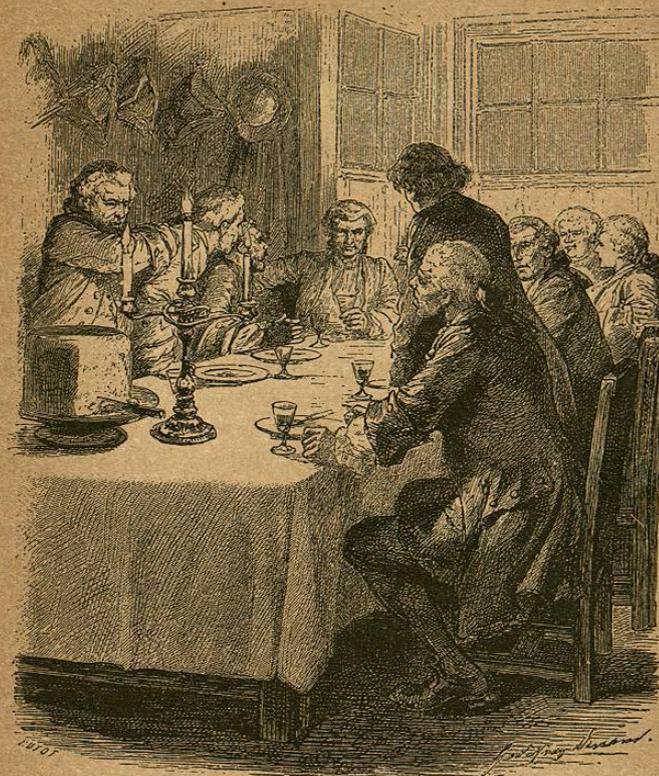
La figura de M. Campbell, casi en su totalidad, corroboraba la idea preconcebida que tenía yo de sus compatriotas. Presentaba los rasgos duros y las formas atléticas que caracterizan á aquellos, teniendo, además, el acento nacional y aquel tono lento y pedantesco que rebuscan para evitar el empleo de los idiotismos de su dialecto. Noté también en la mayoría de sus observaciones y respuestas, la desconfianza y el disimulo escoceses; pero me sorprendió, en verdad, el aire de favor y de superioridad que parecía elevarlo por encima de la compañía en que se hallaba casualmente. Su traje era lo más rudo posible, aunque decente, denotando un estado de medianía, sinó de privación, en tiempos en que se tiraba tanto dinero para componerse, hasta por parte de las gentes ínfimas con pujos de personas distinguidas. Su conversación revelóme que trataba en ganados: género de ocupación no muy encopetado, que digamos.

Con todo y á pesar de tales desventajas, parecíale muy natural el dispensar á cuantos le rodeaban aquella condescendencia urbana, pero fría, que demuestra una superioridad real ó afectada sobre aquellos á quienes se dirige. Emitía su opinión con el aplomo y seguridad que se arroga el hombre á quien su rango ó su instrucción conceden los primeros lugares, como si sus palabras no pudieran sufrir ni contradicción ni sombra de duda. Nuestro anfitrión y sus comensales domingueros, después de

una ó dos tentativas para defender sus opiniones á fuerza de gritos y de afirmaciones atrevidas, acababan por someterse á la autoridad de M. Campbell, quien pasaba á ser árbitro de la conversación.

Tentado estuve, por curiosidad, de entrar en palestra con él, fiado en mi aprendizaje del mundo, con ocasión de mi permanencia en el extranjero, y en los conocimientos de que una regular educación había dotado mi espíritu. Bajo este último concepto, no se aventuró á sostener la lucha, y muy luégo eché de ver que su talento natural no había sido cultivado. En cambio, halléle mucho más enterado que yo del estado de Francia, del carácter del anciano rey y de los ministros que rodeaban á éste. Sus opiniones sutiles, intencionadas y, á veces, satíricas, provenían de un observador atento á los asuntos de dicho país.

Tocante al terreno político, Campbell se mantenía en una reserva que le aconsejaba sin duda la prudencia. Las divisiones de los partidos whig y tory conmovían entonces la Inglaterra hasta sus cimientos, y una facción poderosa, adicta á los intereses de los Estuardos, amenazaba á la dinastía de Hannover establecida apenas en el trono. En cada taberna resonaba el vocerío de las disputas entre politiqueros de baja condición. Y como nuestro mesonero, muy ducho en materia de opiniones, tenía por regla el no atentar á una buena práctica, cada domingo era su mesa teatro de discusiones tan apasionadas cual si se promovieran en consejo municipal. El cura, el boticario y, con ellos, un hombre pequeño que nada descubría acerca de su estado, pero en cuya agilidad y chasqueteo de dedos reconoció al barbero, sostenían acaloradamente la causa de la alta Iglesia y de los Estuardos. El cobrador de impuestos, conforme á su deber, y el asesor, que aspiraba á un módico empleo dependiente de la Corona, interesado vivamente en el debate, defendían, al igual que mi compañero de viaje, y con no menos calor que él, el partido del rey Jorje I y la sucesión real en la línea protestante. Era aquello una tempestad de gritos desaforados y de horribles juramentos.



Los dos campos enemigos llamaron á M. Campbell, ganoso en igual grado de obtener la aprobación de uno y otro.

— Sois escocés,— exclamó el uno— y un hidalgo de vuestro país debe declararse en pró de los derechos legítimos y hereditarios.

— Sois presbiteriano,— exclamó el otro— y no podéis aplaudir el poder absoluto.

Después de haber logrado, no sin dificultad, un momento de silencio:

— Caballeros: — dijo el oráculo, — no niego que el rey Jorje merezca las simpatías de sus amigos, y, á fé mía, que si consigue sostenerse, de seguro que podrá hacer del colector un comisario de aduanas y conferir á nuestro amigo Guitam el cargo de abogado general; siendo, asimismo, libre para conceder una buena plaza ó una pensión á ese honrado caballero sentado sobre la maleta que prefiere á una silla. Por otra parte, sin género alguno de duda, el rey Jaime tiene un corazón agradecido y, en cuanto le toque el turno, nada le impedirá, si le parece bien, el nombrar al reverendo eclesiástico arzobispo de Cantorbery y al doctor Mixtura primer médico de la real casa, ni de confiar, en fin, su real barba á los cuidados de mi amigo Mousson. Pero, como dudo mucho de que uno ú otro de los dos príncipes rivales ofrezca á vuestro servidor, Roberto Campbell, un vaso de aguardiente, si le acosa la sed, doy mi voto á Jonatás Brown, vuestro mesonero, y le proclamo rey de los escanciadores, á condición de que haga servirnos otra botella de vino tan buena como la última.

Esta agudeza fué acogida con bravos unánimes; el posadero se asoció á ella cordialmente y, después de dar cumplimiento á la condición de que dependía su realza, apresuróse á comunicar á sus convidados que, no por ser de talante pacífico, M. Campbell dejaba de tener el valor de un león.

— Si, señores: — añadió, — hallándose solo, puso en fuga á siete ladrones, camino de Witson!

— Estáis confundiendo, caro amigo: — dijo Campbell interrumpiéndole, — no eran sinó dos, y los dos sin bríos, como convendría que fuesen siempre.

— ¡Qué! ¿Será posible, caballero? — interrogó mi pusilánime acercando su asiento, es decir su maleta, al escocés. — ¿Será posible? ¡Dos ladrones contra vos solo!

— Nada más cierto, caballero, y no veo que la cosa valga la pena de tanta compunción.

— A fe mía, que me diera por dichoso de disfrutar el placer de vuestra compañía. Me dirijo hácia el Norte, caballero.

Esta información benévola respecto á la meta de su viaje

(soltaba la lengua por vez primera,) no produjo efecto alguno en el escocés, quien no se dió por entendido.

— ¡Viajar juntos, caballero! Fuera difícil; — contestó á secas. — Vos montáis á caballo, sin duda, y yo; hoy por hoy, ando á pié ó monto un jaco montañés que maldito lo que anda.



Y esto dicho, arregló la cuenta de la botella que había pedido, tiró el importe sobre la mesa y levantóse en señal de despedida.

Acercósele mi compañero; cogióle por un botón del traje, y atrájole hacia el alféizar de una ventana; ante cuyas manifestaciones apremiantes creí adivinar que reiteraba sus peticiones á Campbell, quien parecía negarse á ellas.

— Me encargo de todos los gastos, caballero; — dijo mi hombre en alta voz, como si hubiera dado con un argumento irresistible.

— Imposible, repito! — replicó el otro con aire desdeñoso. — Tengo que hacer en Rothbury.

— ¡Oh! nada me apremia, caballero, y, por la pérdida de uno ó de dos días, no he de privarme de una compañía como la vuestra.

— Por mi honor, señor mío, — dijo Campbell, — que me es

imposible prestaros el servicio al cual dais tanta importancia. Viajo para asuntos particulares, — añadió irguiéndose con orgullo, — y si algún consejo puedo daros, es el de que no os asociéis en camino al primer extranjero sobrevenido, y más aún el de que os abstengáis de decir hacia donde os dirigís á aquellos que no os lo preguntan.

Y, sin mucha ceremonia, volvió la espalda al importuno. Aproximándose luego á mí, en el momento en que los convidados abandonaban la mesa, dijo:

— Vuestro amigo, caballero, es expansivo en exceso, trayendo, como trae, tan precioso depósito.

— Ese señor — contesté, — no es amigo mio; es un conocimiento que he hecho en camino. Nada sé de él, ni siquiera su nombre, y pareceme que vos habéis adelantado más que yo en su confianza.

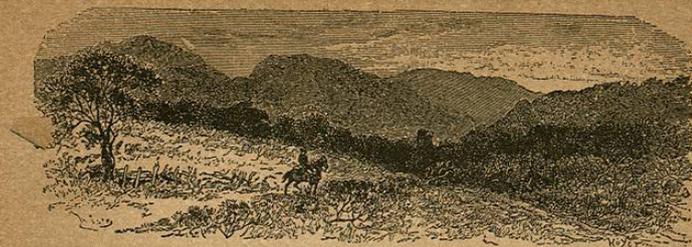
— Quería decir sólo — repuso en tono brusco, — que no es muy prudente, por su parte, ofrecer el honor de su compañía á quien no lo apetece.

— Debe conocer sus asuntos mejor que nadie, — repliqué, — y sentiría ser juez de ello bajo uno ú otro punto de vista.

M. Campbell, sin ulterior observación, expresóme el deseo de que tuviera yo un buen viaje, y la compañía se retiró.

Al siguiente día, por la mañana, separéme del tímido viajante, puestó que dejaba yo la carretera del Norte para dirigirme al Oeste, hácia el castillo de Osbaldistone, residencia de mi tío.

Ante las miradas indescifrables que clavó en mí en aquel momento, no puedo asegurar si quedó ó no contento de mi partida. De mí se decir que sus terrores habían cesado de divertirme y, francamente, de muy buena gana me ví desembarazado de él.



CAPÍTULO V.

¡Cómo palpita emocionado mi corazón viendo á cada una de esas ninfas encantadoras, adorno y orgullo de nuestra isla, lanzar su generoso corcel, que devora el espacio, unido ó quebrado, sin inquietarse por lo escabroso de una costa, ni precipitarse en la hondonada que se abre á sus piés!

W. SOMERVILLE. — *La Caza.*

AVANZANDO hacia el Norte, que saludaba yo como tierra natal, sentíame conmovido por el entusiasmo que los sitios agrestes y románticos inspiran á los amantes de la naturaleza.

No teniendo ya que sufrir la molesta charla de mi compañero, experimenté el gozo de observar cómo el país se distinguía del que había recorrido hasta entonces. Las corrientes de agua merecían con mayor justicia el nombre de tales, puestó que, en vez de discurrir perezosamente por entre cañaverales y saucos, pasaban ruidosas bajo la sombra de arbolado salvaje, sin decrecer, á través de valles solitarios que, descubriéndose al paso y de trecho en trecho, parece que invitan al viajero á visitar sus cavidades.